

## Misa crismal

Jueves 2 de Abril de 2015

Homilía del obispo de la diócesis de San Isidro, monseñor Oscar Vicente Ojea

Queridos hermanos

El domingo de ramos hemos entrado con Jesús en Jerusalén para renovar con Él la fuerza de la pascua en nuestras vidas y en nuestro mundo. Vamos a celebrar su Pasión, Muerte y Resurrección, vamos a hacer memoria de nuestra identidad como seguidores de Jesús cada uno en su comunidad- Pero antes de eso nos reunimos hoy como miembros de esta Iglesia diocesana de San Isidro para reconocernos como ungidos del Señor con el óleo de la alegría. Esta celebración es la expresión de nuestra comunión que nos identifica como pueblo sacerdotal y discípulos del Resucitado. Venimos de las diversas comunidades, laicos, religiosos y religiosas, diáconos y presbíteros para celebrar junto con los obispos. Como ungidos del Señor por el bautismo, preparamos los oleos y el santo crisma. Con ellos ungiremos a otros en nombre del Señor para que sean incorporados al Pueblo de Dios y convertidos en hermanos nuestros, discípulos del Señor.

Esta misa Crismal es también expresión de la profunda comunión de todos los presbíteros con su obispo. Y ya que el sentido de nuestra vida es estar ordenados al Pueblo de Dios y para El, renovaremos ante El Señor y ante el mismo Pueblo los compromisos contraídos el día de nuestra ordenación.

Jesús presenta en el evangelio que escuchamos su identidad y misión: Ha venido a liberar porque el Espíritu lo ha consagrado por la unción.

Esta unción es presentada en el salmo 44 como el aceite del júbilo, el óleo de la alegría.

El aceite al derramarse sobre una superficie, no sólo deja su mancha profunda sino que todo lo que se le acerca queda impregnado por su olor.

Dejémonos impregnar por esta unción y hagámonos cargo del don de la alegría que lleva consigo. Alegría para todo el pueblo sacerdotal, Pueblo Santo y Fiel de Dios y para aquellos ante quienes el amor del Padre se ha detenido eligiéndolos de entre el mismo pueblo para el sacerdocio ministerial, quienes debemos esforzarnos en reproducir y reflejar el rostro de Cristo, el único Ungido.

Dejémonos impregnar por el óleo de la alegría.

A) La alegría brota de la experiencia de la Misericordia

Ella es fruto de la Pascua que vamos a vivir y que viene a recoger toda la dispersión de nuestra vida fragmentada para reconducirla a la integración y a la unidad. Él es el testigo fiel que sabe hacer memoria de nuestra vida y conoce todos nuestros repliegues interiores para volver a enraizarlos en el Corazón del Buen Pastor. Este

inclinarse del Corazón de Dios sobre nuestra miseria es lo que nos hace volver al Amor Primero. El Beato Juan XXIII decía que no había conocido una alegría más grande en su vida que la que experimentaba luego de confesarse.

B) La alegría brota de la experiencia de nuestra pobreza y pequeñez,

Dejemos que el óleo impregne nuestros límites concretos, nuestros cansancios, nuestra fragilidad y nuestros pecados. Cuando el salmo miserere dice: "Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado", no refiere a una actitud interior obsesiva sino realista. ¡Pobres de nosotros si estuviéramos de espaldas a nuestros pecados y no de frente a ellos. Correríamos el riesgo de sobrevaluarnos, de ser autosuficientes creyendo conocernos bien y de este modo estaríamos lejos de toda posibilidad de una alegría verdadera. "El Señor miró con bondad la pequeñez de su servidora". Nadie como María sabía que era nada delante de Dios, por eso produce esa explosión de alegría del Magnificat que se extiende a los niños, a Isabel y a todos los que a lo largo de la historia se han sabido pobres y mirados por la misericordia de Dios en su pequeñez.

C) La alegría se hace fecunda por la experiencia de la cruz.

"Ustedes estarán tristes pero su tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando va a dar a luz siente angustia porque le llegó la hora, pero cuando nace el niño se olvida de su dolor por la alegría que siente al ver que ha venido un hombre al mundo" Jn 16, 20ª-21. Muchas veces recibimos testimonios de nuestra gente de las comunidades de mucho sufrimiento vivido con paciencia, fortaleza y confianza en Dios pero que no impide su capacidad de hacer fiesta y de expresar su alegría en las celebraciones de la vida con muy pocos elementos materiales. El pueblo de Dios es para nosotros una gran familia que sostiene y custodia nuestra alegría y nos anima y estimula a vivirla con mayor plenitud.

D) La alegría misionera

Dejémonos impregnar por el óleo de la alegría, para que se transforme en alegría misionera. San Pablo nos invita en 2 Cor. 2,15 a ser el buen olor de Cristo, a desparramar alrededor nuestro el gozo del don que hemos recibido. Así como el niño percibe como aroma preferida de recién nacido el olor de su madre y por el sentido del olfato la identifica como tal, lo que le produce serenidad, confianza y seguridad, del mismo modo nuestro pueblo reconoce la fragancia que le trasmite la Madre Iglesia cuando la alegría de la misión invade la vida de pastores y laicos.

Alegría auténtica que surge del trabajo en comunión al servicio del Reino, alegría de iglesia en salida que no deja de sorprenderse con mirada contemplativa, por la renovación incesante del Espíritu que no deja de abrir nuevos caminos para la conversión del corazón, que abre puertas para recibir en abrazo fraterno a tantos hermanos y ventanas de aire fresco para llenar de Esperanza a cada persona que peregrina junto a nosotros. Las parábolas de la misericordia del cap. 15 de San Lucas, culminan en la necesidad de compartir, anunciar y hacer fiesta porque lo que se creía

perdido ha vuelto a ser recuperado. La alegría del reencuentro que es la más honda de todas, exige la comunicación gozosa de la misericordia recibida y vivida.

El Papa Francisco nos dice que la misión es el Amor que no se puede callar.

Que en este jueves santo tan decisivo para nuestra vida de pastores, podamos sentir la mano en el hombro del Señor que nos agradece todo el trabajo realizado, que renueve nuestro gozo de trabajar en esta iglesia concreta a la que nos entregamos nuevamente por amor y que volvamos a experimentar la dicha inmensa de trabajar con Él.